

LAS DIVERGENCIAS EN EL CONCILIO

El conjunto de las diferentes posturas de los obispos van confluyendo hacia la unanimidad moral con que se están resolviendo todos los temas que aborda el Concilio.

Las divergencias son necesarias para que esta asamblea represente la universalidad de la Iglesia, la cual debe acoger todo temperamento, raza, mentalidad y situación, para darle sentido evangélico.

El Papa Juan XXIII, cuando era patriarca de Venecia, hizo un juicio decisivo sobre Pablo VI (entonces arzobispo de Milán). Bromeando un día sobre el personaje al que más se parecía el Papa actual, exclamó: Hamlet.

Ciertamente su prudencia y su conciencia son exquisitas, pero sin poder liberarse de un pensamiento dubitativo, muy semejante al del gran personaje de Shakespeare.

En Roma me dicen que durante los debates sobre la colegialidad de la Iglesia se pasó el Papa Montini ocho noches sin dormir. Y no porque no estuviese dispuesto a aceptar lo que decidieran los padres conciliares, sino por el temperamento preocupado que tiene. Juan XXIII, en cambio, era todo lo contrario: las primeras noches que durmió en el Vaticano, se despertaba inquieto por algún problema, pensando que tenía que consultar al Papa sobre ello. Pero al percatarse que él era el propio Pontífice, exclamaba: «Angelo, duerme tranquilo, que el Papa eres tú y el Señor provecrá».

El tema de la libertad religiosa es uno de los más delicados del Concilio; pero, al mismo tiempo, es también el más decisivo ante el mundo, porque de él dependerá el éxito o fracaso de esta asamblea eclesial a los ojos de los hombres del siglo XX. Sin embargo, Pablo VI no está tranquilo: su teólogo privado, monseñor Colombo, parece que le confirma en su idea abierta y comprensiva de las necesidades que tiene el hombre de nuestra cultura contemporánea; y, sin embargo, le inquieta la pequeña minoría disidente, que le mantiene en perpetua preocupación y quisiera que se acertase con una fórmula que fuera bien acogida también por ellos, sin detrimento del valor fundamental que hoy se da a la libertad personal y civil del hombre. A esa libertad que le reconoce Juan XXIII a «todo ser humano», como «el derecho natural al debido respeto de su persona», y «a la libertad para buscar la verdad, para manifestar y defender sus ideas...», dentro de los límites del orden moral y del bien común naturales.

La nueva comisión creada en estos días, para ayudar a la Comisión para la Unión de los Cristianos, que redactará el texto definitivo de libertad religiosa, ya no será un organismo extraño al Concilio, como se pensó hace días, sino un equipo de trabajo *meramente consultivo*, del que se ayudará, con plena autonomía,

la única Comisión Conciliar competente para elaborar el esquema de libertad religiosa, que es la antes citada.

ESTA claro que se puede calcular que existen entre los 2.500 padres conciliares una minoría de 300 a 350 obispos que no admite nuevas posturas, en aquellas materias que no son permanentes, a pesar de su apariencia, en el cristianismo. Permanencia que, demasiado fácilmente, se había aceptado hasta ahora por muchos teólogos, más por ignorancia o incuria intelectual, que por verdadera convicción razonada y científica.

De ahí que personas decididamente conservadoras como el inteligente teólogo italiano monseñor Parente, fuera uno de los mejores defensores que ha tenido la responsabilidad mundial de los obispos, como colegio dirigente de la Iglesia. Su seriedad intelectual le hizo adoptar una postura que escandalizó a los cardenales Ottaviani y Ruffini, símbolos del inmovilismo de buena fe.

El Papa, hasta ahora, no ha hecho ningún nombramiento cardenalicio ni se ha servido de la Curia para las más delicadas cuestiones, que reserva, con celoso respeto, al Concilio. Sin duda, las decisiones nuevas que se esperaban de este Papa aguardan a que el Concilio haya decidido los más importantes temas y le sirvan de punto de partida para su labor.

Es curioso que el Papa tenga una sensibilidad más viva —como puede verse por sus discursos y documentos— para la incredulidad y las religiones no cristianas que para los hermanos separados. Lo cierto es que algunas de sus frases, escritas con la mejor intención, han molestado a los otros cristianos; cuando, en cambio, lo que decía Juan XXIII era acogido por ellos con enorme agrado. A nosotros, católicos, nos choca esto, porque nos parece que el sentido de unos y otros es el mismo. Sin embargo, algo debe haber cuando la sensibilidad de estos cristianos detecta una diferencia. Por eso, Pablo VI, más con los gestos que con las palabras, quiere subsanar cualquier malentendido.

De su tendencia a las intuiciones, han brotado los viajes a Jerusalén y a Bombay. Parece que ha tenido la corazonada de que estas iniciativas suyas podían ser más significativas para los que no son católicos que todas sus matizadas palabras, siempre llenas de reserva y demasiado cuidadosas. Juan XXIII, por el contrario, se dejaba llevar del corazón no sólo en gestos, sino también en palabras.

ES interesante recoger datos sobre los diferentes episcopados en el Concilio, siempre con las reservas obligadas, por tratarse más de impresiones que de cifras estadísticas. No obstante, puedo asegurar a mis lectores que me he asesorado de personas en constante contacto con las reacciones y actividades de los diferentes episcopados.

Italia representa, en su mayoría, el episcopado más conservador del mundo entero y fácilmente asustadizo ante cualquier innovación, por inocente que sea. No obstante, hay un porcentaje minoritario, entre el que se cuentan cuatro figuras destacadas: el cardenal Lercaro, hombre abierto, de gran sentido apostólico moderno; monseñor Guano, intelectual, comprensivo, antiguo consiliario de los Graduados de A. C. (como lo fue Montini sacerdote); monseñor Colombo, amigo y teólogo privado del Papa, nombrado por él obispo y quizá el pensador religioso más informado de las modernas corrientes teológicas, con gran comprensión de las mismas, y, por último, monseñor Betazzi, el auxiliar de Bolonia, hombre franco y sincero, que asombró en su primera intervención, llevando la contraria públicamente a la mayoría del episcopado de su país, a propósito de la estructura colegial de la Iglesia.

Norteamérica es la gran revelación del Concilio Vaticano II. Porque el catolicismo americano había sido muy conservador y amigo de la Curia romana y ahora, en su gran mayoría, ha sido el más ecumenista y criticador de la excesiva influencia ejercida en la Iglesia por los dicasterios romanos. Incluso en algunos temas, como el de la Biblia o el de la Iglesia y el mundo, ha tenido una gran figura teológica: el cardenal Meyer, de Chicago. Monseñor Wright y el arzobispo de Detroit han sido también dos importantes figuras, y, en general, los del Sudeste y Centro-Oeste. En cambio, el Este y Oeste tienen todavía obispos que no acaban de impulsar la «puesta al día» de Juan XXIII: el único que se libra es el gran batallador de Boston, cardenal Cushing, llamado por algunos el cardenal «cow-boy», a causa de sus santas excentricidades, muy parecidas a las de San Felipe Neri, el santo humanista. Spellman, Mac Intyre y, en parte, Ritter son expresión de esta minoría que no ha evolucionado. Este afán renovador del catolicismo americano se aprecia también entre el clero joven, que muestra una inquietud intelectual de que antes carecía. Incluso los seglares publican libros valientes y decididos, planteando con agudeza nuevos problemas, que afectan grandemente a los cristianos. Doy como ejemplo dos libros: el de Callahan, sobre los seglares, y el del doctor Rock, sobre la píldora reguladora de los períodos genésicos.

L resto de América ha manifestado, por lo general, una gran apertura, y tiene figuras de gran empuje renovador, como el cardenal Silva Henríquez, de Chile, y el obispo Larrain (presidente de la conferencia episcopal del CELAM); monseñor Helder Cámara es el gran renovador social del Brasil, a pesar de los ataques de su colega el obispo Castro Mayer, enquistado este último en una concepción conservadora del problema social; el cardenal Quintero, de Caracas, que exclamó en la segunda sesión: «En lo que se refiere a la Reforma protestante... debemos reconocer que la vida tan alejada de la perfección y del cristianismo de numerosos prelados... excesivamente indulgentes con las costumbres paganas, jugó un papel notable en esta división de la Iglesia... y debemos reconocer nuestra falta». Por último hay que señalar al valiente obispo de Cuernavaca (Méjico), monseñor Méndez Arceo.

Quizá el que más se señala en Hispanoamérica es el joven Helder Cámara, el obispo que más valientemente propugna la reforma agraria en su país, dando ejemplo de desprendimiento con sus posesiones, entregadas generosamente a la gente humilde para que las cultive. Cuando fue recibido por el Papa hubo un intercambio amistoso, en el que Pablo VI le animó a seguir su ejemplar labor social sin temor alguno, a pesar de las duras críticas que recibe. No tiene timidez alguna para decir la verdad, y ha declarado que en América latina también se aplasta a la persona humana en algunos lugares. Es un gran defensor del famoso pensador católico padre Teilhard de Chardin, S. J., tan poco querido por el Santo Oficio, a pesar de que Juan XXIII en una ocasión impidió una prohibición completa de sus obras, que preparaba el cardenal Ottaviani. Y, como es natural, quiere el obispo Cámara que los obispos simplifiquen sus hábitos y sus insignias, para acomodarse más a los deseos del pueblo; sin duda, de criterio más evangélico que los de algunos magnates de la Iglesia, que desearían continuar siendo prefectos romanos más que pastores de almas (como dijo un arzobispo francés durante la primera sesión conciliar).

Francia tiene un episcopado que quiere estar en la brecha, como todos sabemos; que posee grandes figuras como el cardenal Aquiles Liénart y el arzobispo Weber, de Estrasburgo, dos mag-

níficos escrituristas. O como los especialistas en apostolado: Guerry, Bazelaire, Garrone y el obispo-obrero monseñor Ancel. Sin embargo, la eficacia, como conjunto, del episcopado francés ha sido menor de lo que se esperaba en la preparación de los trabajos conciliares. Quizá ese ingenio brillante que les da su temperamento galo sea más incisivo que constructivo.

Inglaterra tiene una buena cabeza: monseñor Heenan, el más ecumenista de los obispos anglosajones; pero sólo suelen ser comprensivos, en general, para los temas de libertad, descentralización y simplificación, y, en cambio, resultan poco lanzados en la adaptación al mundo moderno.

Holanda es, probablemente, el país con un catolicismo de mayor inquietud intelectual, y cuyos obispos, a pesar de su sentido renovador, se sienten un poco arrastrados por las angustias que manifiestan su clero y sus fieles. El cardenal Alfrink es una gran figura, y su equipo de obispos le sigue adelante, como lo revela la gran pastoral que publicaron al anunciarse el Concilio. Quizá el documento más profundo y abierto publicado nunca por un episcopado mundial. Un obispo joven, monseñor De Vedt, lleva el difícil cometido de información con tal acierto que probablemente los mejor informados, sobre los temas teológicos que trata el Concilio, sean los holandeses. El Centro de Documentación que ellos tienen —el D. O. C.— es utilizado por los principales episcopados mundiales para estar bien preparados en cualquier tema que se va a debatir.

Alemania tiene dos grandes prelados: el cardenal Frings y el cardenal Doepfner. Pero, en general, está algo desfasado este episcopado en sus métodos, respecto a lo que pide el evolucionado mundo alemán.

Quizá nadie mejor que la pequeña Bélgica está jugando, como decía en una crónica anterior, un positivo papel en el Concilio. Aparte del cardenal Suenens, amigo personal del Papa y moderador del Concilio, el trabajo teológico en equipo que realizan los teólogos de Lovaina, como el gran conocedor de la literatura contemporánea Moeller, el canónigo Philips, eclesiólogo eminente; Cerfaux, el escriturista; el historiador Aubert, etc., no es superada por ningún otro país. Esta labor, más bien callada y sin relumbro, sé que ha sido decisiva para el buen resultado de algunos delicados temas conciliares.

Por otro lado, África tiene un episcopado sin prejuicios, totalmente superada la mentalidad occidental, y dispuestos al «aggiornamento» de Juan XXIII. No así Asia, en la que los obispos están más divididos a causa del impacto recibido por la difícil situación de China: el peligro comunista, que tan cerca tienen, les hace temer cualquier cambio en la Iglesia. Aunque, ciertamente, existen dos notables figuras, que son el cardenal Gracias, de Bombay, y el arzobispo de Bhopal, monseñor Souza, quien pedía a los teólogos más humildad en sus investigaciones para no desarrollar una teología unilateral y con poco sentido del equilibrio, sobre todo en Mariología y en Revelación, postura teológica que ha sido favorecida a veces por una jerarquía demasiado autoritaria, según él.

Los orientales, sobre todo los melquitas del patriarca Máximo y algún copto y maromita, o algunos ucranianos más representativos, como Slypij y Hermaniuk, han jugado un papel de primer orden en el Concilio. No obstante, unos pocos, demasiado influidos por la Curia, como monseñor Batanian, han supuesto un elemento de discordia.

Detrás del telón de acero se nota una gran prudencia en el episcopado y pocas intervenciones. Sin embargo, algunos de Checoslovaquia y Yugoslavia han subrayado la necesidad perentoria de que la Iglesia vuelva a la sencillez evangélica para poder dar un testimonio al mundo de hoy.

Este panorama puede completarlo el lector con lo que decía en un artículo anterior sobre los trabajos de nuestro episcopado, en el que la influencia de algunos elementos más jóvenes empieza a notarse, y además hace un esfuerzo por asimilar las inquietudes de otros episcopados mundiales, manteniendo una moderación, sin embargo, en sus posturas.

Roma, noviembre de 1964